

Memorias de Aurelio García

Rodrigo Noguera

Mi nombre es Aurelio García, nacido en Cubillas de Arbas, provincia de León. Hijo de Antonio García (pastor) y María Torres (maestra).

Luego del fin de la Segunda Guerra Mundial, la economía había quedado devastada. Se hablaba mucho de emigrar para hacer “la América”. Se hablaba, especialmente, de Argentina. Se decía que allí era todo abundante y que la economía estaba en crecimiento, eso nos motivó a emprender el viaje.

Mi padre, ayudado por saber que nuestros tíos estaban ya viviendo allí, les envió cartas con el fin de que nos ayudaran a emigrar. En un principio, a mi madre le pareció una locura, aunque ya había muchas personas emigrando. Luego viendo con racionalidad lo que sucedía cedió ante la voluntad de mi padre. A fin de cuentas ellos querían lo mejor para nosotros, como lo quiere cualquier padre para un hijo. Lamentaban penosamente que nos fuéramos, pero ellos no podían ni querían emigrar, estaban decididos a no abandonar León. Para que mi madre no sufriera tanto yo le decía que volvería, que le escribiría seguido (algo que no dejé de hacer hasta el final de sus días).

Nunca olvidaré aquella despedida. Vi en los ojos de ella cómo me despedía sabiendo que mi lugar ya estaba en otro sitio, que volveríamos a vernos pero no para vivir juntos otra vez. Para ella fue más difícil que para mí, de ello estoy seguro. Lo podía leer en sus cartas, veía su esfuerzo por mostrarse fría en sus palabras, seguramente para protegerme de esa pena.

Lo molesto de irte de “tu” tierra es que el alma se te divide en dos para siempre. Los afectos, las calles, la cultura. Hoy viendo aquello en perspectiva me parece que fuimos grandes aventureros. Sí que lo fuimos.

Corría el año 1946 cuando llegué a la Argentina, tenía sólo 15 años de edad. Tomé esa decisión junto a mis primos, José, de 16 años y Marcelino, de

17 años, ante la mala situación económica familiar y escasas perspectivas para mejorar.

Vivíamos en Cubillas de Arbas. En la provincia de León, al norte de España. Nuestras familias criaban ovejas, salvo mi madre que era maestra. Nosotros nos desempeñábamos como pastores. Para progresar había que estudiar y no teníamos recursos. Una salida era el Seminario; si bien era gratuito, esa opción no nos interesó porque no nos garantizaba la vida y mi padre ya no podía sostener a la familia.

Recuerdo el día en que mi padre me comunicó mi destino. No puedo dejar de recordarlo sin esa nostalgia normal que sentí a lo largo de toda mi vida. Recuerdo que me sentó enfrente de él y me explicó todas las razones por las cuales era mejor que me fuera. Me dijo que lo sentía, pero que allá en Argentina estaban mis tíos. Que además viajaría con mis primos. Que era la mejor opción para mi vida.

Fue así que aceptamos el dinero de nuestros tíos que vivían en Mar del Plata para comprar el pasaje. Con el pasaje pagado por ellos, nos embarcamos en el barco “Cabo de la Buena Esperanza” de la Compañía Ybarra. Fue una larga travesía, casi un mes: 17 días en alta mar, el resto tocando puertos, sitios a los que no pudimos descender porque éramos menores de edad. Agua y cielo, nostalgia y esperanzas se nos mezclaron durante el viaje. Atrás quedaban España, mis padres Antonio y María y mis hermanos: el mayor, Cipriano; los menores, Dorotea y Teodosio. Adelante, en Argentina, nuestros tíos paternos.

No sabíamos nada acerca de mis tíos. No los conocíamos. Mi padre se escribía a menudo con ellos y sobre todo era él quien tenía el entusiasmo de que emprendiera ese viaje, no así mi madre.

¿Qué sabíamos acerca de ellos? Que Cándido y su familia vivían en zona rural, que de los nueve hermanos que residían en España, él fue el primero en emigrar a Argentina, después lo siguieron Dionisio y Nemesio. Todos se radicaron en Villa Mugueta y después en Pavón Arriba. Los dos últimos como empleados de comercio. Fue un viajante el que los motivó a trasladarse a Mar del Plata, les comentó que ahí había un negocio grande con posibilidades en el rubro textil, que el pueblo era muy lindo y además, era el que más perspectivas de crecimiento tenía en la zona.

De esta manera llegaron en 1935 los hermanos García a la que luego sería mi ciudad. Cándido se ubicó en el campo, otra vez; Dionisio y Nemesio, queriendo incursionar en un nuevo rubro, en el negocio textil en calidad de empleados. Aprendieron igual que más tarde nosotros, con mis primos, lo haríamos.

Así, inmersos entre añoranzas y expectativas llegué al puerto de Buenos Aires. Ahí, otra fuerte vivencia nos esperaba a los tres adolescentes. Nos detuvieron en la aduana durante dos días por ser menores de edad. Por suerte, nos fue a buscar el tío Dionisio e iniciamos el camino a nuestro nuevo destino.

Nuestros ojos no descansaban, mirábamos los horizontes y nos preguntábamos ¿Cómo tan amplio? ¿Cómo tan llano? ¿Y las montañas? De a poco fuimos comprendiendo que el paisaje era muy diferente al de la provincia de León, en España. En aquella época los recién llegados le llamábamos “el desierto verde” a lo que se presentaba ante nuestros ojos. Pensamos en quedarnos en Buenos Aires, pero al ser menores no teníamos muchas oportunidades de conseguir trabajo. De todas maneras nos atraía mucho saber que Mar del Plata estaba en la costa y además vivían nuestros tíos allí.

Cuando nos instalamos, comenzamos a trabajar. Marcelino y yo fuimos a aprender a tejer donde ya trabajaban nuestros tíos Dionisio y Nemesio en una empresa llamada “Tejidos Raquel”, situada en la calle Juan Justo, que hasta el día de hoy existe. No sabíamos nada de tejidos, nada en serio, pero la empresa estaba enseñando.

En 1951, el dueño de Tejidos Raquel, construyó un local de líneas modernas, similar a sus pares de la ciudad, destinado exclusivamente a tienda, donde los sweaters iban a la venta y se lo alquiló a mis tíos. Más tarde ellos fueron propietarios de ese mismo local. Recuerdo que mi primer año fue muy difícil, extrañaba, quería regresar, luego me acostumbré e hice amigos. En 1947, pasamos a ser nueve en la casa pues llegaron nuestro tío Manuel García, su esposa Felicitas y sus hijos Etelvino de 8 años y Eufrasio de 9 años. En 1948 vino a vernos mi hermano Cipriano.

Tuvimos suerte, el tejido estaba en crecimiento y Mar del Plata era bautizada bajo el nombre de “la ciudad de pulóver”. La gente venía de muchas partes del país (sobre todo desde Buenos Aires) a comprar sus prendas a la ciudad. Se hacían hileras de gente afuera de los negocios para comprar. Con lo cual trabajábamos mucho, ganábamos buen dinero y pudimos progresar. Eso sí, hubo que trabajar muchísimo.

Al tener tanto trabajo, esa intensidad, nos ayudaba a no angustiarnos. De hecho, el objetivo de progresar se lograba así. Pero cuando escuchábamos noticias en la radio sobre España, se hacía realmente difícil contener las lágrimas y no pensar en todo lo que había dejado uno allí. Lo que nos ayudaba a sobrellevar la situación era que, curiosamente, trabajábamos con otros inmigrantes (mayoritariamente procedentes de Italia) y con ellos compartíamos esa misma sensación de extrañeza, quienes más tarde se convirtieron en nuestros amigos.

Con gran emoción en 1958 fui a visitar a mi familia, aún vivía mi abuelo Manuel. Reglamentariamente podía permanecer 4 meses, si me excedía me convocaban para hacer el servicio militar. Pero durante ese tiempo compartí con los míos haciendo labores de campo, disfruté realizando todo lo que el destino me truncó a los 15 años.

A mi mujer, María, la conocí en Mar del Plata. También ella había abandonado León pero antes que yo.

En 1944, María, de once años de edad, embarcaba en el barco “Cabo Buena Esperanza”. Viajaba con su madre Isabel, huyendo de la falta de posibilidades, siguiendo al padre de María que se había marchado hacia Argentina en 1941. Cuenta María, “mi madre se despidió de sus siete hermanos con una frase: lo que sea de Dios”. El buque tardó en cruzar el océano 43 días en plena Guerra Mundial. Cuando llegaron a puerto, 28 de febrero, el médico del barco le compró unos zapatos “porque los míos eran de cartón”. Desde ese momento comenzó una nueva vida para ella. Había posibilidades para María como las hubo para mí. Isabel, su madre, la mandó a la escuela y luego decidió que estudiara costura, labor en la cual se desempeñó toda su vida a partir de entonces.

Nos conocimos en el año 1954. En la fábrica necesitaban costureras y ella vino. María se adaptó enseguida, le gustó el lugar. Así fue que nos conocimos en la fábrica. Yo tejedor y ella costurera. Comenzamos una maravillosa relación unida a la casualidad de venir de las mismas tierras y en similares condiciones. Así nació nuestra familia.

En 1985 tuvo la suerte de visitar a sus tíos, al año siguiente falleció su padre. Allí le queda la familia de su hermano. Su cuñada nos visitó en el año 2000. Por suerte hoy contamos con Internet para que ella pueda comunicarse de seguido. El tejido finalmente fue nuestra fuente de ingresos para toda la vida. Ya en 1960 María y yo nos fuimos de la fábrica para crear nuestra propia familia.

En 1962 mi tío Nemesio se fue casi un año de visita a España, allá conoció a Evangelina Pérez, se casaron. Ella dejó a su madre, hermanos, sobrino, su cargo de secretaria en el ayuntamiento y vino con la promesa de regresar, pero debió esperar 20 años para visitar a su familia. Con el tiempo, la casa grande quedó vacía, unos buscando otros sitios y otros fallecieron.

Con María formamos nuestra propia familia; dos hijos: Pablo y María Aurora, y tres nietos: Bianca, Joaquín y Francisco.

Tenemos la suerte de contar con el Centro de Castilla y León donde se realizan las tradicionales “paellas” y se celebra con bailes tradicionales como la “jota” y música de nuestras tierras, lo cual nos hace sentir que estamos allí estando aquí.

Finalmente creo que no podría imaginar otro destino para mi vida que el que tuve. Pienso en la decisión que tomó mi padre en aquellos tiempos y le estoy agradecido, aunque haya pasado por mucho dolor para lograr adaptarme a la “nueva” vida. Acepté la ruta que me tocó y pude progresar en base a mucho esfuerzo y trabajo. Formé una familia maravillosa y nunca dejé de saber cuáles son mis verdaderas raíces, mis reales raíces. León vive en mí. Tanto en mis recuerdos como en mi corazón.

Querido Cándido:

Me alegro en sobremanera que estés bien. Por el correo estoy muy preocupado aquí, porque con el trabajo a parte sí tengo pendiente a la familia. La situación económica económica anda en un momento malo por estos meses. Como bien sabes seguimos en la quiebra.

Necesito prepararme, porque me urge saberlo, si allí en Argentina hay lugar para Aurelio. Es un muchacho fuerte, tanto él en sí. Se que de partir la familia él allí continúa.

No lo he dicho nada todavía, no quiero que me entere hasta que se haya dado la respuesta. Es duro, me cuesta decirte esto. Pero lo cierto es que aquí no hay lugar para él. Y menos le hay para mí.

Crecino de todos modos.
Antonio, la hacenda,
9 de Julio, año '45

Antonio:

Te escribo Cándido. Cándido me hizo leer tu carta. Mira, en este momento nos estamos mudando los tres a una ciudad llamada Bar del Plata, que está en la costa del río, para trabajar en el rubro textil textil textil y en. Cándido seguirá en el campo. Dame unas cosas, dicen que ya nada en Buenos y que hay mucho trabajo. Nosotros también tenemos que aprender.

Tranquilo hermano, ni bien salimos trabajando en la fábrica y podamos conseguir algo para Aurelio te escribiré. Dican que buscan más gente, pero se olvidó que primero debemos nosotros.

Cándido me ha escrito José para venir a trabajar con Marcelino, lo voy de salir bien las cosas aquí una vez recibida esta lí y para el momento no viajara solo.

Te escribiré tan pronto como pueda.
Cándido-epilepsia '45

Antonio:

Puede ser, que hay lugar aquí para Aurelio. Estamos trabajando a gusto en una empresa textil llamada Tejidos Manuati. Con él, prepara al muchacho para hacer jornadas largas de trabajo. Deberá trabajar de mal a mal.

El dinero que aquí te envío es para los pasajes, tanto de Aurelio, como de José y Marcelino.

Los gustará lo ciudad, extrañarán como todos lo ciudad, pero estarán bien aquí. Trata de no acostumbrarte mucho con la pérdida para que vengan con ánimos y no con nostalgia. Aunque sea difícil, no mejor que viajar con ganas. No estás demasiado.

Cándido
Enero-Abril '45

Me gustaría saber:

Las cuentas que estoy bien. Bar del Plata es una hermosa ciudad, tranquila, en donde refresco a la noche por su clima. Es linda aquí. José, por suerte no ha tenido tiempo de prepararse todavía. Lo voy como todo mundo. Trata de no perder mucho. Pero los viajes que estoy muy bien.

Al llegar me recibirá el tío Cándido que se está de vacaciones con nosotros, me está alojando en su casa, junto al río Paraná.

Con respecto a nuestro trabajo, cuando comencemos que cuando llegamos a la fábrica de tejidos no tenemos idea de lo que era una máquina de tejer o una aguja. Estamos aprendiendo, ya tejemos algo y ya nos pagan.

Estamos acostumbrados que también emigramos de sus tierras. Hay de Italia y de otros países de España, por ahora las cosas van muy bien. Siempre que deber ser un poco por la necesidad de estar en un país nuevo.

Los quiero mucho y espero me escribiréis, pronto los estaré saludando nuevamente.

Abril-Abril '45

Querido padre:

Quiero te estar saludando está bien. Quiero decirte que la vida pasada de la mejor que se puede vivir, pero como todo, no se vive.

Estoy muy bien, me voy a trabajar, voy a trabajar como un animal. Pero me da un poco de pena al saber que mis padres estarán en la casa, ya no sé que me va a pasar. Quiero decirte, que me voy a trabajar, me voy a trabajar que me voy a trabajar.

Quiero me voy a trabajar en el campo de trigo. Voy a trabajar como un animal. Pero me da un poco de pena al saber que mis padres estarán en la casa, ya no sé que me va a pasar. Quiero decirte, que me voy a trabajar, me voy a trabajar que me voy a trabajar.

Me voy a trabajar en el campo de trigo. Voy a trabajar como un animal. Pero me da un poco de pena al saber que mis padres estarán en la casa, ya no sé que me va a pasar. Quiero decirte, que me voy a trabajar, me voy a trabajar que me voy a trabajar.

Con cariño, tu hijo,
Antonio '45

Querido hijo:

Te escribo lo mejor, pero pronto me voy a ir. Me voy a ir, pero pronto me voy a ir. Me voy a ir, pero pronto me voy a ir.

Me voy a ir, pero pronto me voy a ir. Me voy a ir, pero pronto me voy a ir. Me voy a ir, pero pronto me voy a ir.

Me voy a ir, pero pronto me voy a ir. Me voy a ir, pero pronto me voy a ir. Me voy a ir, pero pronto me voy a ir.

Me voy a ir, pero pronto me voy a ir. Me voy a ir, pero pronto me voy a ir. Me voy a ir, pero pronto me voy a ir.

Me voy a ir, pero pronto me voy a ir. Me voy a ir, pero pronto me voy a ir. Me voy a ir, pero pronto me voy a ir.

Me voy a ir, pero pronto me voy a ir. Me voy a ir, pero pronto me voy a ir. Me voy a ir, pero pronto me voy a ir.

Con amor, tu padre,
Antonio '45



Aurelio García con 7 años,
recién llegado a Mar del Plata.



Cubillas de Arbas, donde mi padre trabajaba
en el campo.



En el puerto de partida de mi mujer, María.



María en Mar del Plata.



Mi viaje de visita a Cubillas de Arbas (León). Año 1958.



En mi viaje a León del año 1958.